



*El llamado del  
dragón, Parte 2*

*por Marc H. Wyman*

*y Chris Boques*

*Relato de Gushémal*

### Otros relatos del mundo de Gushémal

- El llamado del dragón, Partes I y II
- Doncella broquelera

**Lean estos relatos en nuestro sitio de Internet:**

[http://www.gushemal.com/stories\\_esp.htm](http://www.gushemal.com/stories_esp.htm)

**¡Lean también los “Relatos de los viajeros del mundo”!**

**Bájenlos del siguiente enlace:**

[http://www.gushemal.com/si\\_esp/download.htm](http://www.gushemal.com/si_esp/download.htm)

---

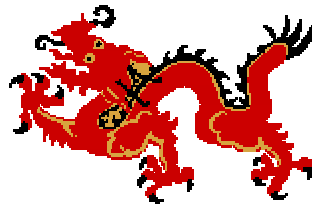
---

© 2002 de T.I.P. Entertainment

Se autoriza la distribución gratuita de este texto, siempre que se mencione a los titulares de la propiedad intelectual y los autores (o bien, si se respeta la integridad del texto).

Los comentarios sobre este relato diríjanlos a [marc@gushemal.com](mailto:marc@gushemal.com). ¡Siempre estamos a la espera de la respuesta de ustedes! (De indicarse expresamente, sus comentarios tienen posibilidad de aparecer en el sitio de Internet.)

---



—De todas las mazmorras de esta ciudad —murmuró el hechicero Barandas—, teníamos que caer justo en ésta.

Sentado enfrente de él estaba Cornell de Cayaboré, que miraba pensativo la ridícula rendija de ventana que tenían bien encima de la cabeza, que poco aire dejaba pasar; seguramente, no alcanzaba a sacar el olor a desperdicios y sudor, mucho del cual rezumaba de ropajes de cuero curado de thymbair, típicos de un bárbaro sureño de Robhovard. Daban picazón, los ropajes, y ojalá, pensaba Cornell, no hubiera elegido ese disfraz en particular para presentarse ante Ceravin Tangrain, el rico mercader de Chazevo. Tangrain era uno de los pocos comerciantes que operaban con mercancías de la misteriosa tierra de Modayre, cuyos habitantes se destacaban en la fabricación de artículos mágicos, algunos sencillos, como los encendedores de lumbre o las antorchas mágicas, pero también armas poderosas como el bastón de dragón.

Sus superiores del cuerpo de pilotos dragontinos de Cayaboré habían enviado al joven a Chazevo para que se hiciera de uno de los bastones. Su disfraz de Nych de los ryelneyd había sido excelente; tanto, que casi lo aceptan como guardia de Tangrain.

Hasta que de repente la puerta se abrió de golpe y apareció su viejo amigo Barandas, a la rastra de Demercur Ylvain, servidor de Darawk. Como correspondía a su apariencia, Cornell intentó atacar al hechicero, en especial para evitar que por su incontinencia revelara el nombre del cayaboreano. Que haya sido la reacción adecuada al ver a un hechicero todavía le carcomía el cerebro: era lo que correspondía, mas Tangrain no lo vio así y expulsó a Cornell de su casa.

—Todo por tu guantelete —balbuceó—.

Barandas suspiró.

—¿Vas a volver a empezar con lo mismo? Mira, si *hubiera sido* por mi guantelete, ¿no habría tenido que entrar allí a robarlo!

El hechicero tenía razón, mas Cornell no estaba dispuesto a hacérsela ganar. Otro poderoso artículo modayreano, un guantelete de la resurrección, era la razón que había traído a Barandas a Chazevo. Siempre tras la magia, el dinero o las mujeres (en el orden que mejor se adaptara a las disponibilidades de la ocasión), Barandas había pensado robarlo. Al igual que los bastones, no estaban en venta, ya porque lo prohibía Modayre, ya porque Tangrain lo quería para él. No importaba.

El error de Cornell fue unirse a su amigo en ese robo. No era ladrón profesional, y de Barandas se podía decir, como mucho, que era un lego competente. Igualmente, había juntado herramientas mágicas interesantes, lo que podría haber inclinado la balanza a su favor.

Podría, se recordó a sí mismo. Había estado en la mansión apenas media hora cuando los apresó, Boragger, el jefe de guardia de Tangrain. El fornido guardia les había apuntado con una bastón de dragón, y no se discutía con un arma que disparaba rayos.

Y ahora estaban atrapados en las mazmorras del hogar de Tangrain, o, para utilizar una expresión quizá más acertada, fortaleza. De entrada, Cornell se había preguntado por qué seguían vivos. Barandas, desde luego, jamás se había molestado en ideas tan taciturnas.

—Hemos salido de líos peores —dijo confiado, antes de fijarse si podía hallar algo de comer en la celda, mientras Cornell había probado la cerradura, todo barrotes y piedra de la pared, en vano, tras lo que ambos se sentaron a la espera de lo iría a suceder—.

Y bastante pronto algo sucedió.

—Parece que la búsqueda de fama se pinchó rápido, bonito —dijo una voz femenina, con un timbre encantador que, de inmediato, hizo latir más fuerte el corazón de ambos hombres—.

Barandas salió volando hacia los barrotes, para agrandar los ojos ante la magnífica figura que el metal de la puerta de la celda dejaba entrever. Apenas llegaba al metro sesenta y cinco, y poseía un exquisito cabello castaño, marco de un rostro que no necesitaba realizarse con maquillaje. Las curvas de la mujer quedaban apenas ocultas tras la armadura de cadenas plateadas, forjada con tal complejidad que parecían entrelazarse unas con otras y tener la movilidad de la seda.

Al hechicero se le salían los ojos, que pugnaban por explorar cada centímetro de la mujer, en tanto que Cornell tenía los labios tensos y la mirada clavada en la rendija.

—Sylasa —murmuró al reconocer la voz de la guerrera ibrolleniana, que apenas el día anterior lo había superado en el combate de lanzas, o mejor dicho, había pulverizado su defensa, mas el cayaboreano rara vez se obsesionaba por tales detalles; y también recordó el desafortunado comentario que hizo al abandonar la mansión, sobre su fama, que un día opacaría la de Tangrain—.

—Sorprende la rapidez de tu mente bárbara —dijo insípida Sylasa—. Bueno, Nych, ¿cómo esperas salir de esta trampa?

Por fin Cornell giró la cabeza y se vio atrapado una vez más por la belleza de la ibrolleniana. Todos sus impulsos se apoderaron de su cuerpo, para verse sometidos a una brutal represión mental.

—No espero nada —dijo imitando el acento bárbaro—. El futuro ya deparará algo, y lo aprovecharé. ¿Eso es lo que deseas saber, mujer?

Una sonrisa fugaz se dibujó en los labios de ella, cual madre ante el hijo convencido de que sus mentiras no quedarán sin discutir.

—Oh, claro que sí.

Se clavaron las miradas, carentes de sentimiento e impávidas como el hielo, sin dejar de tener algo de furia.

Barandas frunció el ceño, miró a uno y otro, y de inmediato dijo:

—Bueno, ¿en qué podemos servirle, señorita... Sylasa?

Pasó un momento antes de que Sylasa contestara, sin quitarle los ojos de encima a Cornell.

—En nada, hechicero. Nych, los hombres de Tangrain pronto vendrán por ti. No va ser agradable. Sé fuerte, bonita.

—Sí.

—Bien —asintió ella con la cabeza, para después girar sobre sus talones y salir de la vista sin decir otra palabra—.

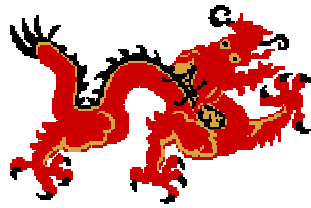
---

Cornell cruzó las piernas, volvió a su expresión normal y volvió a mirar a la ventana. La expresión del hechicero se volvió más severa al quejarse:

—Por las mareas de la magia, ¿qué pasa aquí, mi amigo? ¿Me perdí algo?

—Sí —respondió el cayaboreano—.

—¡Que te parta un rayo! Basta de este asunto del bárbaro; contéstame, maldito... —se interrumpió Barandas, mirando con exasperación a su amigo un momento, antes de suspirar y apoyarse contra la pared—. Lo menos que podrían hacer es darnos de comer, digo —dijo por lo bajo a nadie en particular—.



—Me temo que no nos han presentado todavía —dijo el duende alto cuando ataron a Cornell contra una mesa de granito dentro de una pequeña habitación que olía peor que las mazmorras; tres guardaespaldas de Tangrain daban la certeza de la carencia de esperanzas de escape para el cayaboreano, los cuales, notó al pasar Cornell, tenían patentes vestigios de sangre duéndica—.

—Me llamo Leur C'traeh —prosiguió el duende de pura cepa, al tiempo que tenía un ligero temblor en las puntas de las orejas puntiagudas ante lo que se venía—.

La tonalidad de su piel era azul fuerte, que contrastaba con el verde azulado del cabello y los ojos almendra pintados de rosa oscuro. Tenía en ambas mejillas un tatuaje idéntico, que para Cornell eran líneas oscuras sin significado.

—Seré tu anfitrión en las próximas horas, mi estimado salvaje —continuó C'traeh al tiempo que les hizo señas a los guardaespaldas para que abandonaran el cuarto, y se sentó al lado de la mesa—. Vamos a tener una buena conversación, sobre los tópicos más variados. Pero primero dime algo: ¿eres de ascendencia duéndica? —inquirió, y sacó unos objetos de un cajón que había debajo de la mesa, los colocó en una bandeja empotrada en el granito, para después detenerse—. Oh, madre mía, perdón —sonrió, y le quitó la mordaza a Cornell—. ¿Así está mejor?

Cornell lo miró fijo. Pocas dudas tenía respecto de lo que tenía en mente el duende. En realidad, pocos eran los duendes que ocultaban su deleite en infligir dolor a los demás. Ni que hablar de la advertencia de Sylasa.

—Ay, querido —negó con la cabeza C'traeh—, estamos con pocas ganas de contestar, ¿no, mi amigo? Bueno, vamos a ver... —y tomó uno de los objetos que había en la bandeja: un estilete con una curvatura que daba miedo, con el que presto desgarró la vestimenta de Cornell, y

milagrosamente no le tocó la piel, que quedó al descubierto y sobre la que sentía un aire helado, algo en apariencia imposible en un sitio cálido como Chazevo.

El duende escudriñó metódicamente el cuerpo del cayaboreano, extendiéndole los dedos de las manos y los pies, para después levantarle los párpados y “sumergirse” en las pupilas de Cornell.

—Ah, espléndido —por fin asintió—. Sí que eres humano, mi amigo. Ello significa que puedo prescindir de los métodos especiales reservados para los de mi raza. Algo bastante irritante, no sé si me entiendes. Al fin y al cabo, mi pueblo es poco menos sensible al dolor que el tuyo. Bueno —suspiró—, mejor comencemos, ¿no?

El temblor de las orejas del duende se hizo más intenso. Dejó el estilete y en su lugar tomó un conjunto de agujas cuyas puntas tenían un destello oscuro y húmedo.

—Bien, mi buen Nych —dijo C'traeh blandiendo con suavidad las agujas, a la vez que los músculos de Cornell se crisparon—, el problema es que el Señorito Tangrain está contrariado porque uno de sus propios guardias, que, si bien no le ha prestado juramento todavía, lo podría traicionar. Las circunstancias te son muy poco favorables. Así que dime: ¿por qué viniste con el hechicero? ¿Te enviaron por alguna baratija de las que hay aquí?

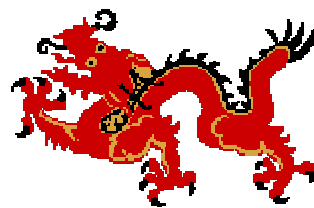
Las agujas se cernían sobre los ojos de Cornell cual águilas. El cayaboreano se tensó, y clavó la mirada hacia adelante sin dirigirla hacia las puntas oscuras.

—Por todos los cielos, eres verdaderamente obstinado. Bueno, no puede evitarse, supongo.

Una aguja se clavó al lado del ojo derecho de Cornell, le rozó el hueso y un dolor ardiente le recorrió el rostro, envolviéndole la cabeza en una corona de llamas.

—¿Y bien? —se filtró entre el dolor la voz paciente del duende, resignado a una larga espera antes de recibir respuestas—.

Para Cornell, la espera se iba a hacer mucho, mucho más larga.



Cornell flotaba en la oscuridad. Manchones de rojo aparecían y desaparecían al azar, bailoteando un momento para volver a desvanecerse. De a poco iba recuperando la conciencia, con la que volvió el dolor, primero sordo, y que, lentamente, se hacía más fuerte y amplio, igual que los manchones de rojo que ganaban en prominencia.

*Tempestad... Tengo que enseñarle a ese dragón un poco más de disciplina. Un día me va a matar con sus juegos...*

El rojo fluía encima de él haciéndole doler el cuerpo. Sus pensamientos eran todavía inconexos, a la espera del momento en que el sanador lo despierte. Llamarían al comandante de su escuadrón de los pilotos dragontinos, Hydrochyll, para que se lo comiera vivo, seguido de inmediato por el padre de Cornell, quien calmaría a Hydrochyll y lo haría salir de la habitación, sólo para reprender a su hijo peor de lo que jamás podría soñar el comandante.

Cornell ya esperaba las diatribas de su padre, que conocía bien a Tempestad, ya que el padre del dragón corcel había sido su propio corcel diez años. Ah, sí, eso...

—¿Todavía sigues vivo, bonito?

Ahora ésa no era la voz de su padre; de eso estaba bien seguro. De repente, Cornell salió catapultado hacia la realidad, junto al dolor que se hacía sentir en todo el cuerpo, peor que cualquier otra cosa que haya cometido Tempestad. Tenía un recuerdo borroso de la “conversación” con C’traeh, de preguntas mechadas con la sensación de agujas envenenadas clavadas en la carne, mechadas a su vez con sus propios alaridos. ¿Había hablado? ¿Había podido articular alguna palabra?

—Por si todavía estás vivo, te digo que C’traeh está enojado. Muy enojado. Es algo para sentirse orgulloso. Siempre que puedas sentir algo aparte del dolor.

—Sylasa.

El nombre salió de acompañado de una tos de sus labios húmedos. ¿Sangre? Apenas tuvo tiempo de pensar en ello cuando algo mojado y frío le tocó los labios y le limpió la sangre.

—¿Por qué... estás... aquí?

—Buena pregunta —dijo lejana la voz de Sylasa—. Los hombres de Boragger pronto vendrán a llevarte de nuevo a tu celda. Supongo que entonces será el turno del hechicero. Peor aún. C’traeh descargará toda su bronca con él. Es probable que el hechicero no dure más de media hora.

Cornell volvió a sentir dolores en la columna, como si el recuerdo se hiciera nuevamente carne. Poco a poco, abrió los ojos. Encima estaba el mismo cielorrasso rústico, e, inclinada sobre él, la ibrolleniana.

—No... debes dejar que pase eso —dijo Cornell en un hilo de voz—. Tienes que... ayudarme.

—¿Sí? —inquirió, con mirada fría y sus hermosos rasgos, impávidos cual estatua de piedra—. ¿Por qué debo preocuparme del hechicero? O tú, que encima eres un bárbaro salvaje.

Cornell dobló las manos. Y un fuego líquido le recorrió los brazos, y un gemido de dolor se vio silenciado por otra tos. Volvió a tratar, esta vez con más precaución. El dolor seguía, mas era tolerable. Más o menos. *“Ahora el resto del cuerpo —se dijo—. Primero las piernas. Después los hombros. Levántate de la mesa. ¡Vamos! ¡Hazlo, Cornell de Cayaboré!”*

De repente, Sylasa le apoyó las manos en el pecho.

—No —dijo ella—. No podrás pararte por lo menos una hora. Y hay varios guardias en los pasillos a los que les encantaría cortarte en pedazos. No tienes posibilidad alguna.

—Ya... lo oí antes —balbuceó, y movió las piernas para los costados, apretando los dientes ante el nuevo dolor—.

---

Tenía la extraña sensación de percibir las piernas frías y lejanas, como si no estuvieran conectadas al cuerpo. El flujo sanguíneo debe haberse interrumpido en algún punto. “*¡A moverse!*”, se ordenó a sí mismo, sin poder sentir si las piernas respondían.

Dejó de sentir en el pecho las manos de la ibrolleniana.

—Nych, basta. No vas a ayudar al hechicero haciéndote matar.

Un poquito más, y ya tenía la pierna derecha casi fuera de la mesa. Un poquito nomás... Listo! Ya la tenía fuera, medio colgada. “*¡Ahora a levantar el torso!*”, se dijo con aire triunfal, y tensó los músculos para... someterse al tormento de convulsiones, oleadas de dolor que lo iban despojando de aire una y otra vez. Ávido y dolorido, atrapaba el aire y se lo engullía con rapidez. El corazón le galopaba al tiempo que miraba a Sylasa con ojos humedecidos.

—Ayúdame, Sylasa —dijo con voz lastimera—. Por favor. No puedes dejar que... pase esto.

La mujer le devolvió la mirada con calma. Había cierta chispa en sus ojos marrones —¿o era apenas la esperanza sin sentido de Cornell? —.

—Por favor —le repitió, poniendo todo su sentimiento en las palabras—.

—Tienes razón, no lo puedo permitir —contestó Sylasa al rato, para después estirarse y volver a colocar la pierna de Cornell sobre la mesa—. Quédate —dijo con frialdad, al tiempo que volvía a apoyarle las manos en el pecho, esta vez con fuerza—.

La sensación de traición iba recorriendo la mente de Cornell mientras recostaba la cabeza y de nuevo contemplaba sin esperanzas el rústico cielorraso.

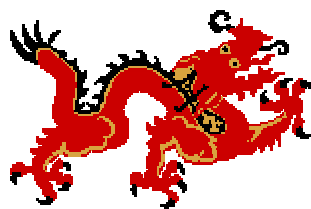
Algo después de un minuto se abrió la puerta y entró Boragger con los medio-duendes que horas antes habían llevado a Cornell a la habitación. El jefe de guardias saludó a Sylasa con un gruñido y miró de cerca al cayaboreano que estaba encima de la mesa. Una sonrisa se abrió paso en su curtido rostro.

—¡Qué bueno! —dijo Boragger—. C'traeh dejó algo para nosotros.

Tras decir eso, tomó a Cornell de los hombros, lo levantó y lo arrojó en los brazos de los medio-duendes que lo esperaban abiertos.

—Llévenlo de nuevo a la celda. Sylasa, ven conmigo.

Los guardias sacaron a Cornell de aquél cuarto, con las piernas a la rastra y la cabeza que le daba vueltas. No veía con claridad, había demasiado movimiento, demasiada confusión. Sólo una vez fijó la vista en algo: en la mirada de Sylasa, que lo seguía de cerca.



—Lo lamento mucho, ilustre sabio —dijo Tangrain, reclinándose sobre la silla ubicada sobre el pedestal al final del Gran Salón, y que a su derecha, al lado de la estatua que representaba al dios Darawk, contaba con la presencia de Boragger, con su bastón de dragón pegado al brazo gracias a apéndices retorcidos cual esqueléticos dedos metálicos, en tanto que, enfrente, Leur C'traeh, inerme, sonreía complacido, lo que ya era bastante amenazante—. Sus dos... amigos entraron sin autorización a mi hogar, y estoy en todo mi derecho, según la ley de la ciudad, en hacerles lo que me plazca.

Parados frente al estrado había dos sacerdotes de Darawk, reconocibles por las chaquetas marrón claro idénticas que usaban. Uno era un cincuentón muy avanzado, con el cabello y barba color gris entrecano y ojos azules brillantes y acerados. La otra era una joven avispada, que apenas superaba los veinte, tenía ojos celestes que destellaban cual zafiros en su hermoso rostro de cutis claro al que enmarcaba una cabellera ensortijada y castaña no muy larga.

El primero, el sabio Demercur Ylvain, apenas pudo contener su ira cuando dijo:

—Estimado Ceravin, si bien estás en lo cierto, no recuerdo que jamás se haya aplicado esa parte de la constitución de la ciudad. No existen precedentes.

—Oh, hay precedentes —retrucó tranquilo Tangrain, y, con su típico tic en los ojos más pronunciado, se dirigió al duende—. ¿El salvaje ha brindado alguna pista?

—En absoluto, me temo —respondió C'traeh con el hilo de voz monocorde que caracteriza el acento de su lengua nativa—. Desconcertaba la carencia de información útil de sus respuestas. Me gustaría poder interrogar al hechicero; puede que se muestre más abierto mediante la correspondiente estimulación.

El mercader giró sobre su silla, y le dirigió una mirada de soslayo al acólito de Darawk.

—¿El bárbaro resistió tu... estimulación, C'traeh? Me indigna oír eso. Quizá te haz hecho demasiada fama para tu habilidad.

—Señorito Tangrain —dijo el duende en tono amable—, mi fama no es mi preocupación. Sí lo es darle respuestas. Y no me agradan sus juegos. Si desea que interroge de nuevo al bárbaro, sus deseos son órdenes. Mas necesitará unas horas para recuperarse de la primera sesión, por lo que puede aprovecharse el tiempo en investigar al hechicero. Salvo que a usted no le importe que Nych muera antes de responder sus preguntas.

Todo ese rato el rostro de Ylvain se fue poniendo más tenso, y se le empalidecían las mejillas.

—¡Andas torturando a esta gente! —exclamó y dio un paso al frente—. Ceravin, te exhorto a que detengas esto y los entregues a las autoridades. No hay razón para reacción así ante un simple hurto.

—¿Hurto? —preguntó Tangrain, y arqueó una ceja—. Considerando que uno de los dos ladrones lo acompañaba a usted ayer, cuando solicitó un objeto de mi propiedad, me parece que hay algo más. Oh, a propósito, cómo se ha enterado que a los supuestos ladrones los mantienen en cautiverio aquí? No tengo por costumbre andar divulgando los arrestos que se hacen en mi hogar. ¿Y bien, ilustre sabio?

Las últimas dos palabras resumaban un sarcasmo que hirieron a Ylvain como un cuchillo, al igual que la insinuación de que el erudito había enviado a Nych y Barandas en incursión ladronesca. Mas si

---

Tangrain había pensado en contrariar a Ylvain, la jugada le salió mal. Su rostro se compuso de repente, y asintió ligeramente con la cabeza.

—Una pregunta acertada, Ceravin. Por desgracia para ti, es fácil de contestar. El joven hechicero pidió prestado de nuestra biblioteca un artículo que tiene un sello mágico, cuya resonancia se halla ubicada en tu hogar, por lo que es probable que Barandas se halle aquí también, lo que, a propósito, has terminado demostrando.

Ninguno de los hombres del pedestal reaccionó. Tangrain sonrió sornástico.

—¿O sea que él le robó a usted también? “Pedir prestado” es un término muy vago. Pero me temo que no tengo más tiempo para esta agradable conversación, ilustre sabio. Como ya sabe, hay cosas de las que ocuparse. ¿Quién sabe? ¿Quizá más adelante tengamos una mejor oportunidad para volver a charlar? Sylasa, por favor, acompaña al ilustre sabio y su encantadora compañera hasta la puerta.

La guerrera salió de una zona a media luz y de penumbras al costado de la estatua de Alyssa. Ylvain negó con la cabeza.

—No hace falta, Ceravin, conozco la salida.

—Igual, insisto —dijo Tangrain, y le hizo señas a Sylasa—. Ah, otra cosa, ilustre sabio. Da gracia verlo venir con un nuevo acompañante todos los días, mas espero de todo corazón que la próxima vez que vea a su actual compañera, usted todavía esté a su lado.

El erudito entrecerró los ojos al resoplar y girar sobre los talones.

—Vamos, Aurelyn. No queda nada por decir.

La sacerdotisa asintió secamente para después seguir al anciano sacerdote hacia la salida del salón, mirando intrigada a la plateada Sylasa, que caminaba al lado de ellos. Ninguno dijo una palabra mientras transitaban los pasillos hacia la entrada. Al ver a Sylasa, un guardia se puso firme de sobresalto, y se tragó algo rápidamente mientras abría la pesada puerta de roble.

Ylvain ya estaba a punto de atravesara a toda prisa e internarse en el dulce aire vespertino de Chazevo, cuando la sacerdotisa se detuvo y miró a la guerrera ibrolleniana.

—¿Estás muy lejos de casa, no? —inquirió ella—. En más de un sentido.

Sylasa se cruzó de brazos, y con un grotesco ademán le señaló la puerta con la cabeza.

—El Señorito dijo que se fueran, y se irán.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Aurelyn.

—Sí, señorita, nos iremos —dijo al tiempo que disfrutaba la repentina expresión adusta de Sylasa—. Mas hay una razón para su presencia. Espero que sea la correcta, a pesar de las apariencias.

—Hago lo que debo, Aurelyn Mutean —respondió Sylasa con una delicadeza sorprendente—. De eso puede estar segura.

La sacerdotisa asintió con seriedad.

—Ello me da un gran alivio, señorita.

Tras decir eso, giró, tomó de la mano al atónito Ylvain y lo llevó hacia la calle. La puerta se cerró de un golpe detrás de ellos.

---

—Por todos los Dioses, ¿qué fue todo eso? —susurró Ylvain impaciente, siempre con cuidado para que no los escucharan—. ¡¿Acaso te olvidas de que hay dos muchachos allí a punto de ser torturados hasta morir?!

Aurelyn negó ligeramente con la cabeza, se sacó de la túnica polvillo que nadie veía y indicó que siguieran caminando hacia delante, cosa que hicieron en silencio sobre los caminos marmolados. Al sol lo tapaba una fina capa de nubes, que dibujaba sombras en el mármol pulido. Al rato, la sacerdotisa se detuvo y, tras una reverencia hacia el anciano clérigo, dijo:

—Perdóneme, ilustre sabio. No era lugar para que yo hablase; terminé socavando su autoridad.

—Hablas con acertijos, hija —dijo Ylvain pasándose la mano sobre la frente y dando un suspiro—. Si crees que había un motivo para hablar, estuvo bien. Ya es algo que deberías haber aprendido de mí. No estoy tan viejo y grosero como para amar la autoridad más que la verdad. ¿O acaso lo crees?

—¡En absoluto, ilustre sabio! —se apresuró a contestar la sacerdotisa—. ¡Apenas lleguemos a la academia me pondré a escribir un ensayo al respecto, y lo tendrá en su escritorio a la mañana!

Ylvain la miró perplejo. Ella tenía los ojos bien abiertos: dos lagos azules que rebosaban de temor; de repente, el sabio rió sin desternillarse, momento en que se desmoronó la fachada de terror.

—Gran señor del Conocimiento, quizá lo necesite.

—Quizá —consintió Aurelyn—. Usted *era* un dictador en todas las clases a las que asistí. Y *sí* tenía motivo para hablar. No sé si sirvió de algo pero... ¿Qué planes tiene, ilustre sabio?

Él frunció el ceño y se rascó el mentón.

—Buena pregunta. No puedo dejar que mueran estos muchachos. Deben haber tenido un buen motivo para violar la casa de Ceravin, y Darawk sabe que mi querido “amigo” no es más que un ciudadano celoso de la ley. Bueno...

—No queda mucho tiempo para decidirse —interrumpió la sacerdotisa—. Según el duende, va a volver a torturar al bárbaro en unas pocas horas. Así que, ¿qué haremos, ilustre sabio?

—¿Haremos?

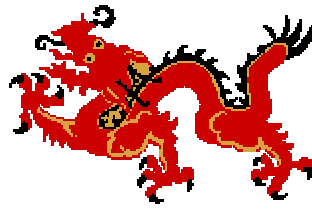
Aurelyn asintió sincera.

—He tomado los votos, ¿no es verdad? Ello significa que tengo tanto derecho como usted a elegir qué camino tomar. Aunque resulte ser el camino del peligro.

La frente del viejo erudito se vio surcada por arrugas mientras volvía a suspirar. El tiempo pasaba muy rápido. Aurelyn ya no era la niña con coletas de la clase de historia, la que no podía estarse quieta y se hacía la tonta, sólo para confundir al profesor cuando en realidad sabía todas las respuestas.

—Esperemos que pueda hallar otro camino —dijo él, y siguieron rumbo a la academia—.

---



La humedad y el frío le calabán el cuerpo a Cornell. Tenía la sensación de que los músculos eran de otro, mas respondían a sus órdenes. Con tirones, pero respondían.

—A veces —murmuró Barandas mientras ayudaba al cayaboreano a sentarse en la cama—, tengo ganas de que haya un sacerdote cerca cuando se lo necesita.

Boragger no había hecho llevar al hechicero al torturador duéndico. Sus hombres sólo arrojaron a Cornell en la celda, la cerraron de un portazo y se fueron. Deben haber transcurrido varias horas desde entonces, a juzgar por la luz crepuscular que entraba por la rendija. La mayoría del tiempo, Cornell había permanecido tendido en la cama, lidiando con las olas de dolor que rompían en él, mientras Barandas se sentaba preocupado a su lado. Cada tanto el hechicero se había arrimado a los barrotes, mirado con atención hacia el exterior y probado en vano la fuerza de la cerradura.

Al menos eso es lo que le había parecido a Cornell. De alguna parte de su dolorido cerebro había surgido la idea de que no era la conducta más probable, no para Barandas, al menos. Sin embargo, la mayor parte de su atención estaba volcada hacia Sylasa. ¿Cómo una mujer tan hermosa podía ser tan fría? ¿Tenía que darse cuenta que ayudar a Cornell y Barandas era lo que correspondía! Los tenían en cautiverio, los torturaban y los estaban por matar. Mas ella hizo caso omiso de eso; ¡quizá lo disfrutaba!

—¿Te puedes levantar?

Cornell se encogió de hombros y negó con la cabeza, sólo para lamentar haberse movido al momento que una sensación de náusea se apoderó de él.

—Tengo que probar —dijo despacio—.

Barandas sonrió, le pasó un brazo debajo de las axilas a su amigo y lo levantó con cuidado. Entre ambos alcanzaron a poner de pie al cayaboreano. Un par de instantes estuvo Cornell viendo si podía mantenerse firme, tratando de hallar equilibrio, hasta que, por fin, le hizo señas al hechicero para que lo soltara. El apoyo del brazo fue desapareciendo de a poco, y Cornell casi se cae de espaldas. La pierna derecha se balanceó hacia delante cual péndulo y pegó contra la cama, mas pudo mantenerse derecho.

—Está ... bien —dijo jadeando, al notar la mirada recelosa de Barandas—.

Respiró hondo, y retrocedió desde la cama hacia el medio de la celda. Parecía que no tenía la cabeza puesta y que andaba errante por cualquier lado, al tiempo que el dolor se hacía sentir en cada vez que se movía. Pero se mantuvo de pie.

—Estoy bien.

—Bien —dijo sonriente el hechicero—. Igual, no tenía ganas de llevarte desde aquí hasta la salida.

—¿Cómo?! ¿Es que... hallaste una salida?

—Te dije que habíamos estado en trampas peores, ¿o no? ¿Cuándo vas a aprender a confiar en tu viejo amigo Barandas?

A Cornell le dio otro ataque de mareos, mientras refunfuñando contestaba:

—Aproximadamente después de diez semanas de haberte enterrado. Si es que no vuelves a salir haciendo un túnel.

—Me siento insultado.

No parecía estarlo en absoluto al acercarse de nuevo a los barrotes y sacar de su túnica algo que Cornell reconoció. El ídolo metálico que representaba a un alreu de manos grandes. Barandas había traído el objeto desde la academia de Darawk y lo había usado para crear guantes que se adherían a cualquier superficie.

—Hay que agradecerles a las mareas de la magia que tus compinches de aquí no nos hayan cateado muy a fondo —dijo el hechicero, lleno de satisfacción—. Sin esta pequeña belleza, nos quedaríamos clavados aquí —tras lo cual miró rápido entre los barrotes para ver si había guardias, y pulsó un botón oculto del ídolo, para mostrárselo con un floreo a Cornell: el fondo se había abierto y de él salía un racimo de pequeñas ganzúas—. ¡Ah!

Cornell frunció el ceño, y lentamente se dirigió hacia el hechicero. Por suerte el trecho era muy corto, mas sentía que la náusea de a poco cedía.

—¿Por qué... —se detuvo, y se tragó la bilis antes de proseguir—, por qué no lo usaste antes? Podríamos haber salido antes...

—Había alarmas mágicas —contestó Barandas encogiéndose de hombros—. Me fijé en ellas desde que entramos aquí. Hay una en el agujero al que le dicen ventana, y hay un par aquí adentro. Mejor dicho, había. Desarmé la mayoría cuando te llevaron y del resto me ocupé mientras tratabas de mantener el último almuerzo en el estómago.

—Estupendo —gruñó el cayaboreano—. Abre la puerta.

—¿Seguro que puedes correr? Es posible que lo tengamos que hacer.

—Ábrela. *“Correr es mejor que estar tendido en una mesa de granito con C’traeh. Morir peleando es mejor que otra sesión con ese duende”*.

La ganzúa brillaba a la débil luz que entraba por la rendija al tiempo que Barandas lo hacía pasar entre los barrotes y lo introducía en la cerradura con cuidado. Cornell se recostó pesadamente sobre los barrotes agarrándose fuerte a ellos. Podría haberse mantenido en equilibrio por sí mismo, pero, ¿por qué gastar las fuerzas si no había necesidad?

Barandas giró varias veces la ganzúa, y después tocó unos pequeños mecanismos para cambiar la combinación del dispositivo. Parecía que el ídolo alreu le sonreía orgulloso al hechicero. De ser así, apenas se comparaba a la sonrisa perversa de Barandas.

—Un poquito más, mi amor... ¡Eso, ya... está!

Ante la última exclamación, algo hizo un clic dentro de la cerradura, el cerrojo se corrió, y Barandas tiró con cuidado la puerta hacia atrás, tratando de evitar chirridos traicioneros. Con ademanes grandilocuentes señaló hacia la puerta.

---

—¡Y una vez más Barandas el Magnífico cumple!

Afuera no había indicios de guardias, ni gritos de alarma. Cornell sabía que era difícil que todo permaneciera así mucho tiempo. Respiró hondo y, mientras soltaba los barrotes, balbuceó:

—Vamos.

Barandas salió de la celda, y pisó la primera piedra, que se hundió unos centímetros haciendo un chasquido fuerte. Él miró hacia abajo automáticamente, ya sin la sonrisa en el rostro. Apenas respiraron que dos portones bajaron del techo y cayeron a 30 centímetros de la puerta de la celda: eran barrotes de metal pesado que cerraban el corredor.

Cornell no pudo evitar reírse, risa que lamentó dado que se le quedó atragantada.

—Barandas el Estúpido —dijo tosiendo— revisó las trampas mágicas pero se olvidó de las físicas.

—Maldita sea... —dijo el hechicero pateando la piedra sobre la que estaba parado, que parecía no sufrir daño alguno—. ¿Cómo iba a saber? Los malditos guardias se la han pasado pisándolas todo el tiempo, igual que nosotros, por las Mareas de la Magia. No tendría que haber... —dijo, y se detuvo de repente para mirar a lo largo del corredor—.

—¿Qué pasa? —preguntó Cornell, siguiendo lentamente al hechicero hacia la repentina segunda celda—. ¿Hay guardias?

—Casi —respondió la voz de Sylasa—.

A unos metros de ellos resplandecía ella en su armadura plateada. En las manos tenía una espada, una imitación de espada con una hoja muy bien trabajada y una empuñadura de marfil hecha de colmillos de thymbair. “*Es mi espada*”, notó sobresaltado Cornell.

—Aquí hay una palanca que hace volver la piedra a su lugar. No la ven desde adentro, por eso las celdas están de un lado solamente.

Se les acercó, y señaló la palanca ubicada bajo un portaantorchas.

No había expresión en su rostro. “¿*Qué quiere ahora?*”, se preguntaba Cornell, sin dejar de mirar su espada. ¿Los quería atacar con ella? ¿Qué humillante es sufrir un ataque con la propia arma! ¡*Y qué necio es pensar en la humillación si se está por morir!*”

—Bueno —dijo inocentemente Barandas, y unió las manos—, eso fue muy instructivo. Muchas gracias Señorita Sylasa. Volveremos a nuestra celda, si le parece bien.

—No —dijo ella con frialdad, y se dirigió a Cornell—. Te puedes tener de pie. Bien. ¿Puedes sostener algo?

—¿Como qué?

—Como esto —respondió Sylasa, y dio vuelta la espada de tal forma que la empuñadura pasara a través de los barrotes del portón—.

Cornell la tomó de inmediato; la sensación familiar de empuñarla le daba una extraña confianza. No bien la había agarrado cuando Sylasa bajó la palanca, se introdujo en un agujero que había debajo y comenzó a jalar algo, que se hallaba conectado al portón que estaba entre ellos que, poco a poco, se elevaba del suelo deslizándose en las hendiduras a los lados de ambos, que contemplaban incrédulos a la ibrolleniana.

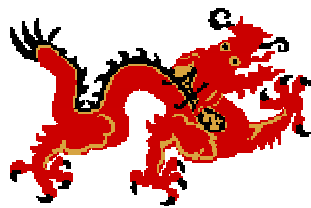
---

El portón alcanzó su altura máxima, y, de manera automática, las trabas lo sujetaron en su lugar con un ruido metálico. Al hallarse en la parte menos iluminada del corredor, había que saber que estaba allí para notarla. “*¡Qué ingenioso!*”, reflexionó Cornell.

—¿Se van a quedar parados toda la noche? —inquirió Sylasa al tiempo que sacaba la lanza de la espalda—. El duende enviará a sus guardias aquí en unos pocos minutos.

Cornell negó con la cabeza.

—Para entonces nos habremos ido —murmuró, y probó su espada con una estocada al aire, que casi le hizo perder el equilibrio, e insultó a la nada: los sentidos todavía no tenían la fuerza de antes, pero ya la iban recuperando; faltaba un poco nomás...—.



Sylasa iba al frente; elección natural, ya que se encontraba descansada y sana, sin mencionar que sabía moverse en la casa mejor que Cornell y mejor aún que Barandas. El hechicero la seguía de cerca, observando cada uno de sus movimientos (con deleite, esa es la verdad). Una voz, que venía desde lo más recóndito de su alma, le recordó que ése no era el momento, mas él le respondió a la voz que cuidara de los enemigos por sí misma.

También era natural la ubicación de Cornell a la zaga. En su delicado estado, no se hallaba en condiciones de enfrentarse al enemigo que podría toparse con ellos. Además, tenía que concentrarse en caminar sin hacer ruido; el resto de su atención la dedicaba a seguir a sus compañeros, que iban delante de él.

Dolía verse tan inútil. Más que las heridas que le había infligido C'traeh. Cornell de Cayaboré estaba acostumbrado a mandar, a ser el que iba al frente, limpiando el camino a sus compañeros. Y le gustaba. No ser a quien los demás ven como conductor lo hacía sentir... mal. Sobre todo si todavía no se había decidido a confiar la actual jefa. ¿Por qué los había dejado salir? ¿Por qué no lo había ayudado antes en la sala de torturas de C'traeh?

Habían salido del pasillo de las celdas sin tener problema alguno. Sylasa rápidamente se percató de la presencia del guardia y se dirigió abiertamente hacia él con el sensual andar de sus caderas que se contoneaban hipnotizantes. No había desaparecido su efecto sobre el guardia, que seguía sonriendo insípido después de que ella le rompiera la cabeza con la lanza.

Tras ello, se dirigieron hacia la escalera que iba para la planta baja. Las antorchas vacilaban en el hueco de la escalera, cuya luz mortecina daba un aspecto de lobreguez. Mas la planta baja esta bien

iluminada, merced a las antorchas mágicas modayreanas cuya extraña luz amarillenta no dejaba rincón a la sombra.

—Parece que estuviéramos en una galería de tiro —murmuró Barandas—.

Sylasa le dirigió una mirada de advertencia y se llevó un dedo a los labios. Y el hechicero se calló. Ella se alejó de la escalera y miró hacia ambos lados del pasillo. No había nadie a la vista, pero el corredor era corto, y doblaba de forma pronunciada a unos pocos metros a la derecha, en tanto que a la izquierda conducía a una puertas. Por allí había un gran salón, y la escalera a los pisos superiores, que Cornell creía llenos de guardias. Por desgracia, la salida también estaba en esa dirección.

Pero doblando el pasillo hacia la derecha se llegaba al depósito. No el que contenía las valiosas mercancías de Modayre, sino cajones con encendedores de lumbre y otros utensilios mundanos. También estaba custodiado, mas en general no tanto como la otra parte de la casa. Cornell había hecho guardia allí unas veces, por lo que sabía que se asignaba allí a los hombres menos experimentados de Tangrain.

Le tocó el hombro a Sylasa, que le prestó atención, y señaló el depósito. Ella levantó dubitativa una ceja, por lo que él le hizo señas de que había cajones y del típico movimiento vacilante de los encendedores de lumbre. Ella respondió encogiéndose de hombros, como diciendo “*eso no nos va a servir de nada*”.

—Hay un portón afuera —susurró él impaciente—.

Ella negó con la cabeza.

—Está trabado con un hechizo, lo sabes. No se abre sin la palabra clave.

—Bueno —dijo Cornell conteniendo la tos—. ¿Acaso no tenemos un mago con nosotros?

Sylasa no parecía convencida para nada.

—¿Con el poder para quebrar *ese* hechizo?

Cornell sabía que era un buen punto. En lo que hacía a la magia, Barandas jamás había sido el más ducho de la partida. Quizá debido a que se había pasado la mayoría del tiempo en la academia de hechicería persiguiendo chicas o yendo tras el dinero en vez de estudiar. Mas sí tenía facilidad para quebrar hechizos de seguridad.

—Sólo nos queda tener esperanza —insistió él, ganándose una mirada de reproche por parte de Barandas—.

Sylasa se encogió de hombros, y fueron hacia la derecha. Ella les hizo señas de que esperaran mientras doblaba el pasillo.

—No hay nadie —susurró al rato—.

Siguieron por el corredor un poco más hasta llegar a una encrucijada. De nuevo, Sylasa revisó primero el lugar, pero esta vez les indicaba sin preocupación que siguieran adelante.

—¡Hola, muchachos! —exclamó, y recibió una ruidosa respuesta—. ¡Bueno, bueno, no tan rápido! —contestó ella y se estiró lentamente—. Tengo que pensar si tengo ganas de hablar con ustedes hoy...

---

Barandas y Cornell se hallaban hechizados con los movimientos de ella. Sin dudas los guardias que estaban el pasillo eran los mismos, y tal vez ya se acercaban. ¿Tenía que llamarlos?, se preguntó Cornell. ¿Realmente podían confiar en ella?

—Ten lista tu espada, bonito —susurró Sylasa mientras estiraba la pierna arqueando el torso hacia atrás: una vista magnífica; tanto, que le llevó un buen rato a Cornell entender lo que le había dicho—.

Cuando ya era casi demasiado tarde, vio de repente el destello de la lanza, que daba contra uno de los guardias y lo hacía caer. Sorprendido, el hombre dio un grito lastimero, al tiempo que su compañero bramaba, mas quedó silenciado con un lanzazo en la ingle.

—¡Al otro! —gritó Sylasa a la vez que volvía a golpear al segundo—.

El que estaba en el suelo, atontado por el ataque repentino, ya se levantaba. Cornell ya lo conocía. Udeshta era enjuto, fuerte, joven y no tenía experiencia. En condiciones normales era una cuestión de minutos. Ahora no había seguridad. Igualmente, dio una estocada con toda la fuerza.

Udeshta se percató de él justo antes de recibir el acero, y se hizo a un lado. A lo único que le dio la espada de Cornell fue al aire. El cayaboreano sentía que perdía el equilibrio, se tropezó, y estiró los brazos para poder agarrarse de algo, lo que fuera.

Eso le dio a Udeshta mucho tiempo para recomponerse y desenvainar la espada.

—¡Voy a matarte, desgraciado! —gritó y dio la estocada—.

Cornell no la vio, mas en realidad no hacía falta, pues en ese momento perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Ahora era la espada de Udeshta la que estaba en el aire, y Cornell tenía al joven prácticamente encima de él. Al cayaboreano le daba vueltas la cabeza. Vio la espada, la mano que la empuñaba, el pecho, y su propio acero, que instintivamente apuntó hacia arriba. Era bueno el acero, y lo clavó con suerte, pues atravesó con facilidad la armadura de cadenas, penetrando la carne con un ruido tal que parecía chupar la hoja. La mirada de Udeshta se volvió vidriosa, los labios le quedaron cubiertos de sangre, y se desplomó encima de Cornell.

El peso muerto de hombre y armadura le comprimía los pulmones y las costillas, lo que hacía que respirar le costara un triunfo.

—Quítenmelo... de encima... —imploró Cornell, al tiempo que el pecho se transformaba en una jaula ígnea que quemaba todo el aire que contenía allí—.

Tras un momento que pareció una eternidad, el peso desapareció, y Barandas se arrodilló a su lado.

—Me tuviste preocupado un instante —murmuró—. ¿Te levantas de nuevo?

—¿Y Sylasa? —balbuceó Cornell—.

La respuesta la dio suavemente su delicada voz:

—Estoy aquí. El otro también está muerto. Y tú no parece estar muy lejos.

—Disculpa... Es que perdí el equilibrio, nada... más.

Tomó las manos que le ofrecían Barandas y Sylasa y con esfuerzo se puso de pie nuevamente. Le volvió a dar un ataque de náusea, pero esta vez no se le iba a pasar. La bilis le subió a la boca, se

---

atragantó, y en ese momento Sylasa rápidamente se inclinó hacia delante, justo cuando vomitó Cornell. Parecía una eternidad, una eternidad de dolor que le desgarraba el torso.

—Asqueroso... —exclamó Barandas—.

“*Desalmado hijo de puta*”, dijo Cornell para sus adentros, que de pronto se alegró de no haber hablado en voz alta al ver líneas rojas en el vómito que estaba en el suelo. Era un verdadero asco.

—Hay que llevarlo rápido a alguien que lo cure —dijo Sylasa—. Mejor que te las ingenies para echar un hechizo, o Nych se muere.

El hechicero no respondió. En cambio, tomó a Cornell por las axilas nuevamente, sirviéndole todo lo que podía de apoyo al pesado cayaboreano. Sylasa asintió secamente, y lo tomó del otro brazo, y los tres volvieron a encaminarse hacia el depósito.

No quedaba lejos; sólo había que atravesar dos habitaciones, que, misericordiosamente, se hallaban desprovistas de guardias. Cornell no tenía idea del tiempo que les llevó llegar. Todavía con los efectos de la náusea, se atragantaba cada tanto con una tos seca, y lentamente iba perdiendo el sentido. En un momento creyó estar de regreso en casa, que volaba con Tempestad intentando una de esas maniobras temerarias que le habían traído problemas con Hydrochyll. Pero le encantaban, y Tempestad siempre daba roncós gritos de triunfo en cada una de esas cabriolas de locura.

Después ya regresó a la casa de Tangrain. Ante ellos esta la puerta del depósito. Era de roble, fuerte, pero sin tranca. Todo lo que había que hacer era empujar para abrirla, atravesar el cuarto e ir hacia el portón exterior, que Barandas abriría con magia, y quedaban libres. ¿Acaso era mucho pedir?

Sylasa soltó a Cornell, viendo si el hechicero tenía fuerza para aguantar al guerrero el sólo, y se dirigió a la puerta, la abrió del todo y...

... Boragger, jefe de guardia, los recibió con una sonrisa burlona y cruel. Les apuntaba con el bastón del dragón en el brazo derecho, cuyas quijadas destellaban con el fuego que estaba por escupir.

—Acá termina tu huida, Nych —dijo, y se detuvo al reconocer a Sylasa—. ¿Qué haces aquí? —exclamó— ¡No te muevas, muchacha, sé lo rápida que eres con esa lanza!

—No —dijo Sylasa cautelosa, con la mirada ineluctablemente hacia las fauces del bastón—.

Detrás de ella, Cornell sentía los últimos gramos de fuerza lo abandonaban. “*Otra vez no, no de nuevo en manos de Boragger*”. Eso era todo lo que podía pensar, absurdas frases repetidas. Barandas lo agarraba con desesperación; de no ser así, el guerrero se hubiera caído de un resbalón.

El guardia se acercó poco a poco, siempre con el bastón apuntado hacia Sylasa.

—Me equivoqué contigo, muchacha. ¡Maldita sea, creía que eras de los nuestros! —espetó con expresión desencajada de ira—. Podrías haberte dado una gran vida aquí. Mejor que en cualquier otra parte, de eso yo me habría asegurado.

De repente, Sylasa dibujó su sonrisa dulce y embriagadora.

—¿Sí? Yo nunca... pero, Boragger... —guiñó los ojos, tartamudeó, y dio un paso al frente, para verse detenida abruptamente al levantar Boragger el bastón del dragón—.

—No intentes eso conmigo, muchacha —tronó él—. Jamás te fijaste en mí. Todo lo que te importa son los bobos como ese salvaje... Y ahora lo vas a acompañar a la muerte. Ya mismo.

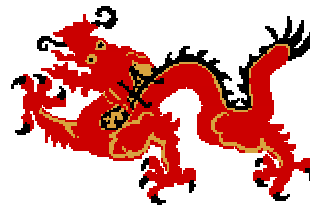
Ella abrió bien los ojos al acercarse los dedos de Boragger al gatillo de su palma.

---

Cornell había permanecido un rato debatiéndose entre la pérdida y la recuperación del conocimiento. Mas la imagen de Boragger y Sylasa habían alcanzado a penetrarle medianamente la conciencia. Vio el bastón, los dedos que se movían, oyó las amenazas, y un rugido salió de la garganta. Sus músculos se quejaban de dolor al zafarse él de las manos de Barandas. No sintió dolor, todo se había vuelto un mar rojo de insignificancia. Todo lo que importaba era Sylasa, todo lo que importaba era arrojarse hacia adelante y...

El bastón del dragón se disparó. El rayo brillante surcó los pocos metros que los separaban de Boragger, encendió el aire y, llameante, atravesó el pecho de Cornell. De dónde sacó las fuerzas para saltar y ponerse delante de Sylasa es algo que nadie podría decir. Momentos antes había sido un montón de carne y huesos tembloroso, que apenas podía tenerse a sí mismo. Después, sólo un instante, quedó en el aire, cual espíritu salvador.

Ahora yacía en el piso, con un rescoldo que le agujereaba el pecho, cuyos bordes estaban claramente marcados. En el rostro, que todavía expresaba, había una sonrisa. Les había hecho ganar algo de tiempo a sus amigos. Y eso alcanzaba para que morir valiera la pena.



Un líquido rezumaba de las piedras que rodeaban la pequeña rendija. Era verde oscuro, con rayas azuladas, casi como el profundo océano. No había una fuente; parecía mas bien que la piedra sangraba. Cada vez más fuerte, para ser precisos.

O tal vez no sangraba para nada, sino que cambiaba. A medida que el líquido seguía en aumento, parecía que la piedra sufría un encogimiento, que se dilataba, que se derretía.

Tras unos instantes, la piedra que sostenía los barrotes de la ventana se disolvió, los que cayeron con un ruido metálico. Al rato nomás, se había licuado tanto que, donde antes estaba la rendija, ahora había quedado un boquete. El líquido dejó de manar, y, poco a poco, dejó ese estado. El verde azulado se volvió roca grisácea. ¿De nuevo?

—Ya está seguro —dijo una voz de mujer—. Puedes salir.

No hubo respuesta.

Acto seguido, apareció una cabeza por el orificio, envuelta en una negra capucha ajustada, que enmarcaba un rostro pintado de color oscuro.

—Se fueron —salió de la capucha—.

—En tal caso —dijo una voz de hombre—, tendremos que ir a buscarlos. Ayúdame con el paquete, por favor.

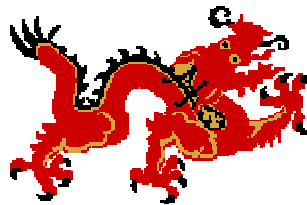
La capucha desapareció un instante, y después hizo su aparición un cuerpo todo ataviado de negro que velozmente se introdujo en la celda. La mujer extendió los brazos hacia el agujero y recibió un paquete rectangular envuelto en cuero oscuro, que colocó sobre una de las camas, para después ayudar a entrar a la celda a un hombre. Él usaba ropa similar a la de ella, negra como la noche.

El hombre tomó el paquete y se lo puso en la espalda. No calzaba del todo bien, mas se dijo que iba a andar.

Entretanto, la mujer susurró algo en un lenguaje arcano, frunció el ceño y miró hacia un rincón vacío.

—La resonancia viene de ahí.

—Bien —asintió con la cabeza el hombre, y suspiró mientras se acomodaba nuevamente el paquete en la espalda—. Oh, madre mía, en los problemas que me meto...



—¡¡¡NOOOO!!!

El grito de Barandas cortó el silencio que había dejado el silbido del disparo del bastón del dragón. Sylasa miraba el cadáver que tenía ante sí, la herida en el pecho del hombre. Extrañaba su mirada inexpresiva, mas llena de fuego.

—Dio la vida por mí —susurró ella—.

A lo que Boragger espetó:

—A él le tocó primero, eso es todo. Lo acompañarán en este pequeño viaje hacia el encuentro con los dioses— dijo con una risotada, y comenzó a apuntar el bastón a uno y otro—. ¿Quién sigue?

Barandas tenía el rostro desencajado por el dolor y las lágrimas, y los hombros crispados.

—Por Cornell —dijo sollozando, para levantar los brazos y doblar los dedos cual garras—.

—¿Qué? —dijo Boragger riéndose a carcajadas—. ¡C'traeh me dijo que no eres hechicero de verdad! ¿Qué tratas de hacer? ¿Otra exhibición de juego de luces?

—Bola de fuego —dijo Barandas suavemente—.

Sus dedos comenzaron a tener un abundante sudor. Mas lo que al principio parecía ser sudor fluyó hacia el aire y prendióse fuego de repente. Dos bolas rojas que despedían fuego quedaron suspendidas un brevísimo instante encerradas entre los dedos del hechicero, para después salir disparadas directamente hacia el petrificado guardia. Boragger hizo a tiempo a cubrirse el rostro con los brazos, que era todo lo que le quedaba.

Las bolas de fuego impactaron en los brazos. Al instante, las vestiduras de Boragger envolviéronse en llamas, pero no fueron las únicas. La sustancia abrasadora se extendió rápido sobre todo el cuerpo, haciéndose más intensa, hasta que el guardaespaldas quedó hecho una sola llama que se retorecía. El fuego ardió unos segundos, y, de repente, se extinguió. El bastón del dragón cayó con estrépito al suelo, al parecer, intacto.

Los demás ni siquiera miraban para ese lado. Sylasa se arrodilló para cerrar los ojos sin vida de Cornell, y le cayó una lágrima. A los tropezones, más que caminando, se acercó Barandas, que se desplomó al lado de Cornell.

—Todo es culpa mía, todo —balbuceó—. Yo te convencí de meterte en este condenado enredo. Hemos estado en peores líos, ¿eh, Cornell? Todo es culpa mía...

—Shhh.

Sylasa le apoyó la mano en el hombro para consolarlo, mas él no la sintió, sino que cerró los ojos y dejó que fluyeran libremente las lágrimas, a la vez que oprimía las manos en el pecho de Cornell.

—¡Todo... es... mi maldita culpa! Creí que íbamos... a salir así nomás de aquí... como siempre, con ese condenado guantelete... y con lo que tú buscabas. ¡Ahora estás muerto, y ya no quiero ese maldito guantelete!

De repente, dejó de llorar y levantó la vista.

—¿Que no quiero el guantelete?! —se preguntó incrédulo—. ¡Por las Mareas de la Magia, soy un idiota! ¡Si es un endemoniado y asqueroso guantelete de la maldita *resurrección!*

—¿Cómo? —preguntó confundida Sylasa—.

Barandas se incorporó como un rayo, tomó a la mujer de los brazos y la levantó con fuerza.

—¡Lo podemos resucitar! —gritó—. ¡Hay un objeto modayreano en la colección privada de Tangrain que nos lo permitirá! ¡Podemos hacer volver a Cornell!

La ibrolleniana lo miró como si él hubiera perdido la razón. Quizá no estaba muy lejos, teniendo en cuenta los ojos desorbitados y la loca sonrisa del hechicero. Mas las palabras se hicieron eco en ella, merced al efecto que le causó la intensidad de Barandas.

—¿Resurrección?

—¡Sí! Es un guantelete; leí todo sobre él. Dentro de las tres o cuatro horas de producida la muerte, puede hacerse volver a la vida a quien la haya sufrido. Voy a subir, a llevar a Cornell hasta allí y lo voy a hacer volver aunque me cueste la vida. ¿Me acompañas?

De un tirón se liberó ella de las manos que sujetaban las suyas. Una expresión de desconcierto se apoderó de la mujer. Primero el bárbaro recibió el rayo del bastón para salvarla. Después, el hechicero, ese desgraciado egoísta y mujeriego del hechicero, de pronto había salido con la idea de salvar a su amigo, y no había nada en el mundo que lo aterrorizara.

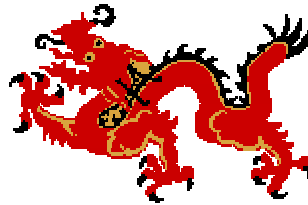
Bajó la vista hacia el cadáver de Cornell, que todavía conservaba la expresión de satisfacción. Morir para salvar a otro, un pequeño precio para él. Eso es lo que distingue a un gran hombre.

¿Y quién era Sylasa, guerrera de Ibrollene, sino una gran mujer?

—Dos pisos hacia arriba —dijo ella, y se dirigió a donde estaba el bastón del dragón—.

Con soltura se inclinó, lo recogió y se lo colocó en el brazo. Las almohadillas del gatillo le calzaban bien en la palma. Lo probó presionándolo con dos dedos y haciendo fuego sobre uno de los cajones. El rayo salió silbando de las fauces del dragón, y encendió una chispa en el cajón, haciéndole un agujero profundo y humeante. Todavía funcionaba.

—Por ahí hay una escalera. Vamos.



El mayor problema con el que al rato se enfrentaba Barandas era el peso de Cornell. Sylasa y él lo arrastraban entre ambos, y el hechicero comenzó a darse cuenta de que no podía seguir así mucho tiempo. Ya sentía tirones, y eso que apenas llegaban al primer piso. ¿Pero cuánto pesaba Cornell? ¿Una tonelada?

En lo que hacía a los guardias, bueno... Las pilas de rescoldos rara vez le molestaban al hechicero. Los que aparecían siempre estaban armados sólo con espadas, y Sylasa los bajaba de lejos con su bastón del dragón. Tenía una certeza mortal; por suerte, con acento en *mortal*.

Ya debería venir fácil la mano, se dijo a sí mismo. Sólo se trataba de llevar a Cornell hasta ese segundo piso. Pero Barandas estaba demasiado cansado. Exhausto. Tenía el rostro cubierto de sudor, y el cuerpo era un solo dolor. Todo por ese peso que llevaba en los hombros, todo por...

“¡Cállate!”, tronó esa pequeña voz irritante del fondo del alma. “*Aunque sea una vez vas a ayudar a alguien*”.

Tan endemoniadamente cansado... Se sintió caer en un momento, y le costaba respirar. Sylasa se detuvo y lo miró fijo, mas no lo notó. Todo lo que quería era tirarse al piso y abandonar toda esta farsa. “*No soy un maldito héroe*”, le contestó a la voz.

*No. Eres apenas un miserable hechicero que sólo quiere figurar y que defrauda siempre a su amigo. ¿Sí?*

*No.* Una expresión socarrona apareció en él; respiró hondo y se lanzó hacia adelante.

—Estoy tomando un poco más de aire, nada más —le dijo a Sylasa—. No hay por qué preocuparse.

Barandas lo iba a hacer. Iba a hacer caso omiso al dolor, al quejido de sus músculos. Cornell ya regresaba. Él no lo haría volver.

Paso a paso fueron subiendo a Cornell por la escalera en espiral. No había guardias por ahora, mas ellos seguro iba a cambiar al llegar al segundo piso, donde se hallaban los aposentos de Tangrain, y siempre estaba repleto de guardias. Barandas se preguntaba cuántos había en total. Más de una docena, que en su mayoría habían sido víctimas del bastón del dragón Sylasa o sus otras

armas. O su bola de fuego. El hechicero todavía estaba maravillado por haber producido una. No, dos. Nunca antes había sido capaz de generar tanta energía. Tal vez se debió a la intervención divina, pensó sonriente. “*Sí, claro*”.

—Agárralo —susurró Sylasa—.

Barandas suspiró, y apoyóse contra la pared curvada, aferrándose al cuerpo de Cornell con toda la fuerza. Se hallaban en el segundo piso. Justo delante de ellos estaba el pasadizo hacia los corredores, sin que hubiera puerta. La luz amarilla de las antorchas mágicas dibujaba un rectángulo perfecto en la pared, al tiempo que Sylasa se acercaba sigilosamente y se asomaba con cuidado por el rincón.

Una fracción de segundo después, retrocedió como un rayo para que nadie la viera. Una saeta de ballesta le pasó por al lado y *pegó* contra la pared. Se escucharon gritos de alarma en el salón.

Sylasa sonrió con maldad.

—¿Lo quieren a las malas? Lo tendrán a las malas, no se aflijan, bonitos.

Reculó hacia la escalera con el brazo derecho, en el que tenía el bastón, por encima de la cabeza, y, cual serpiente, lánguidamente se deslizó hacia la abertura. El bastón dio la vuelta primero, después la cabeza de ella, y, acto seguido, pulsó el gatillo. De nuevo salió despedido un rayo, que surcó el corredor y dio en el blanco.

Barandas oyó el alarido de alguien que se moría de dolor. De todas formas, no podría haber visto nada con todo el sudor que le caía en los ojos. Esperaba oír otro alarido, mas, en cambio, lo que oyó fue la queja de Sylasa.

—¿Qué... pasa?

Volvió hacia la escalera y estampó al bastón contra la pared.

—¡Este bastón de porquería no funciona!

Y otra vez lo estampó contra la roca, agregando un insulto que habría hecho enrojecer al hechicero si no fuera porque estaba ocupado en otra cosa.

—¿Y si se trabó? —sugirió Barandas—. ¡Prueba otra vez!

—Es lo que voy a hacer —murmuró, para después volver a la abertura y disparar, mas esta vez no sólo se oyó el silbido al que estaban acostumbrados, sino también un sonido de regüeldo, como si el artefacto tuviera algo encajado en las quijadas—. ¡Despejado! ¡Vamos! —dijo, y volvió a pasarle el brazo alrededor del hombro a Cornell, y se encaminaron una vez más—.

El corredor estaba lleno de humo. A Barandas le llevó un momento darse cuenta de que provenía no sólo de los montículos de cenizas que hasta hacía un instante habían sido guardias, sino también del bastón de Sylasa.

—El bastón —se quejó—.

Ella negó con la cabeza.

—Ya sé.

El hechicero siguió parpadeando todo el tiempo. El sudor y el humo se le iban a los ojos, lo que tornaba borrosa su visión, a la vez que esperaba él que Sylasa viera con claridad; no tenía ninguna intención de toparse arrebatadamente con otro grupo de guardias. Y de veras deseaba que Cornell

---

estuviera vivo para lanzarse cual tromba hacia tal grupo con su destellante espada y hacerlos pedazos.

De pronto, volvió a oír el regüeldo y silbido del bastón del dragón.

—Uno menos —comentó secamente Sylasa—.

Al parecer, todavía veía con claridad, reflexionó Barandas.

Siguió a los tumbos, pensando en que una curación sacerdotal podría renovarle las fuerzas y así poder llevar a Cornell con facilidad.

—Nunca hay un sacerdote cuando se lo necesita —murmuró—.

—¡Eso tiene solución, mi joven amigo! —gritó una voz detrás de ellos—.

De repente, Barandas sintió que todo el peso de Cornell se le vino encima, no lo pudo aguantar y se desplomó rodando para ver, apenas, dos figuras negras en el pasillo.

—¡No disparen! —gritó uno, por lo que Barandas se dio cuenta de que Sylasa debe haberles apuntado con el bastón—.

—¿Por qué no? —les espetó ella—.

—Estamos para ayudarlos —dijo la figura pequeña, una mujer—. ¡Señorita, usted nos conoce!

El hechicero rápidamente se restregó los ojos con las mangas. Sylasa bajó el bastón, y las negras figuras se acercaron. Creyó que estaba loco, dado que estaba seguro que el hombre era Demercur Ylvain, reconocible a pesar del rostro negro. Y la otra era una de sus asistentes, ¿o no? Aurylen... no sé qué... Ella se hincó a su lado, sacó un frasco y con su contenido le salpicó la cara a Barandas. Resultaba extraña la sensación de frescura del líquido, y fue más extraña cuando la sacerdotisa susurró algo. El líquido ardió un instante, y después él volvió a sentirse más fuerte y sano. No mucho, mas alcanzaba para tener la mente despejada.

—¿Estás bien? —preguntó Aurylen, que respiraba con dificultad tras el esfuerzo—.

Barandas estuvo a punto de asentir con la cabeza, pero se detuvo.

—No. Tenemos que conseguir el guantelete para Cornell. ¿Y Sylasa?

Miró alrededor y vio que la guerrera había recibido una dosis de curación por parte de Ylvain. Ella no necesitó mucha, por lo que Ylvain quedó en buen estado. La curación siempre exigía a los sacerdotes, y los de Darawk era de los peores que había en ese campo. Sylasa miró de cerca de los recién llegados.

—¿Tienen armas?

Sin decir palabra alguna, Ylvain desenvainó un *gladius* romano, en tanto que Aurylen sacó una cimitarra tonomai. Ambos objetos estaban manchados de rojo.

Sylasa asintió con la cabeza.

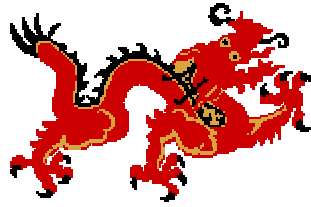
—Bien. Vamos a necesitar eso.

Rápidamente los puso al tanto de lo que había ocurrido y lo que tenían pensado hacer. Los clérigos no hicieron comentario; en cambio, Ylvain tomó el cadáver de Cornell e hizo señas a Barandas para que lo levantase de su lado.

El hechicero no estaba con ánimo de quejarse. Y se sentía bien como para hacerlo.

---

¡Iban a llegar! Ahora eran cuatro, y, en pocos minutos, Cornell estaría de vuelta con ellos. “¡Cuidado, Tangrain, desgraciado asqueroso! ¡Vamos a hacer que se te venga el mundo abajo!”



Tirar el mundo abajo tomaba bastante, percatóse Barandas cuando ubicaron el salón de la colección privada de Tangrain. El bastón del dragón había funcionado mal la mayoría del tiempo, y los guardias comenzaban a amontonar. Tuvieron que echarse a correr más de una vez; sin los sacerdotes y su curación, Barandas jamás habría tenido esperanzas de llevar a Cornell lo rápido que hacía falta.

Sin embargo, Sylasa y Aurylen contuvieron a los perseguidores unos momentos, lo que les dio tiempo a Ylvain y Barandas para ir disparados a otro corredor. Las dos mujeres conformaban una espléndida dupla de combate: Sylasa, con su armadura de plata, y Aurylen, con su ajustada túnica; en ese momento, el hechicero hubiera querido tener tiempo para disfrutar del espectáculo como correspondía.

A la media hora de habérseles unido los sacerdotes, por fin se abrieron camino al cuarto de los tesoros. De inmediato Ylvain soltó a Cornell, y, junto a las mujeres, cerró la puerta; acto seguido, tumbaron una vitrina que estaba cerca y la colocaron contra ella.

Entretanto, Barandas se veía sepultado nuevamente por el cadáver de su mejor amigo y pugnaba por zafarse. Cuando pudo, su convicción de alcanzar la victoria por fin comenzó a declinar. No había otra salida aparte de la puerta que habían atravesado. Y la habitación era grande, con capacidad como para albergar decenas de cajones y vitrinas a lo largo de las paredes, e innumerables casetas de exhibición hábilmente distribuidas por todo el cuarto.

¿Cómo iba a encontrar el guantelete aquí? La salida estaba trabada, ¿mas cuánto duraría así? Tantos guardias los habían estado tras ellos, y a tan pocos habían podido matar o herir en combate. Sin duda, pronto tirarían la puerta abajo, y después... Después qué?

—¡Querido señor del conocimiento! —exclamó Ylvain—. ¡Miren todo esto! ¡Ese hijo de mil de Tangrain ha coleccionado media Modayre!

—Empiecen a buscar el guantelete —dijo con calma Sylasa, e hizo lo propio—.

Al rato, Ylvain salió de su ensueño y se le unió. Aurylen hizo lo mismo, al igual que Barandas, una vez que hubo recuperádose. Puede que el sacerdote haya tenido razón, pensó después. Media Modayre, por lo menos. No tenía idea qué era la mitad de los artículos que estaban en exhibición

aquí; sus raras estructuras e inscripciones eran un absoluto misterio para él. De los que parecían conocidos, se preguntaba si realmente servían para lo que él suponía.

Fuera como fuere, sabía que había hallado un tesoro. ¡Utensilios mágicos *por todas partes!* ¡Una fortuna increíble, lista para llevársela! ¡Oh, por las Mareas de la Magia, ojalá hubiera podido llevar todo esto a un sitio seguro para su propio deleite! El absoluto poder taumatúrgico que se hallaba reunido solamente en la habitación lo estremeció cual tigre.

“*No hay tiempo*”, se quejó esa fastidiosa voz mental.

—No hay tiempo —asintió con un suspiro, y apartó de golpe las casetas, para dirigirse hacia las que todavía no había revisado—.

A su alrededor todo era el mismo ruido de destrucción: espadas que abrían cerraduras, personas que revisaban el contenido y gruñidos de decepción al no aparecer ningún guantelete.

La desesperación ya cundía en Barandas cuando, de pronto, vio el guantelete.

Era hermoso. Le habían reservado una caseta solamente para él, cuya parte superior tenía la forma de una mano para exhibir el objeto a la perfección. Estaba fabricado con metal plateado, no diferente del de la armadura de Sylasa, mas tenía impresas una inscripciones oscuras en el envés, y donde nacían los dedos había una joya engastada. Tres tenían un destello brillante, de un rojo maravilloso, en tanto que las otras dos eran de un suave color rubí, cual sangre que se seca.

—¡Lo encontré! —gritó, y salió a la carrera a hacerse de él—.

El metal era frío, frío como el hielo, pero no le importó. Se lo calzó lo más rápido que pudo, y dobló los dedos un instante para asegurarse de que le iba bien.

Después volvió a toda prisa hacia donde estaba el cadáver de Cornell cruzando la ringlera de casetas destrozadas y utensilios que había dejado a su paso.

—Me vas a agradecer esto mucho tiempo, amigo —dijo sonriendo, y señaló al cadáver con el guantelete—. ¡Resucita de entre los muertos! —dijo a voz en cuello con toda su fuerza de voluntad—.

Nada ocurrió.

A esta altura, los demás ya se habían reunido a su alrededor.

—¿Qué problema hay? —preguntó furiosa Sylasa—. ¿No me digas que no tienes idea de cómo funciona esto?!

—Es que yo...

Ylvain dio un paso al frente y tomó a Barandas de la mano envuelta en el guantelete.

—Las inscripciones —explicó— son instrucciones en idioma modayreano. Un momento...

Se puso a descifrar las letras en el objeto frunciendo el ceño, al tiempo que salía un ruido de la puerta, el estrépito de algo que la golpeaba con insistencia.

—Ya vienen —le indicó Sylasa a Aurylen, haciéndole señas con la cabeza, tras lo cual las mujeres fueron hacia la puerta, con la lanza y la cimitarra prestas—.

Barandas tragó saliva. El ruido se hacía más fuerte.

—Apresúrese —instó al erudito—.

Ylvain no contestó. Fruncía cada vez más el ceño; acto seguido, una sonrisa radiante se le dibujó en el rostro.

---

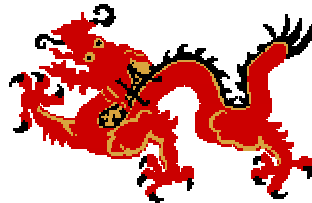
—¡Madre mía, qué sencillo es esto! Barandas, las joyas de los dedos indican la cantidad de cargas le quedan al guantelete. Se elige cuál utilizar sencillamente presionándola. Una de las oscuras sigue lista desde la última vez que hizo resucitar a alguien. ¡Sólo presiona otra y colócalo en el pecho de Cornell!

El hechicero ni siquiera perdió tiempo en maldecir al presionar la joya del medio lo más que pudo. Se hundió ligeramente sin dificultades, quedó en su lugar con un clic y comenzó a brillar más que antes. Comenzó a arder un fuego azul fantasmagórico, y sintió que el guantelete entero comenzaba a entibiarse. A calentarse, mejor dicho. Se hincó rápidamente y colocó la mano sobre el cadáver del cayaboreano.

No bien tocó la carne muerta, sintió que el calor se disipaba. Comenzó a descender hacia el cuerpo. Y cada vez se producía más. De los dedos del guantelete salían resplandores azules, que pegaban cual rayos en el cadáver, que se hacían más numerosos a cada instante, que Cornell quedó envuelto en millares de retorcidos haces de energía, que destellaban y danzaban de forma sobrenatural, y que llenaban el aire con un hedor acre.

De golpe, el hedor se volvió dulce, al mismo tiempo que desapareció la luz azul y la joya del medio del guantelete se apagó.

—¡Quítame tu asquerosa mano, Barandas! —se quejó Cornell, y se sacó los dedos de encima con suma violencia—. ¡Robarle a un amigo!, ¿tan bajo has caído?



—Desagradecido de m... —dijo Barandas a voz en cuello, riéndose a la vez—.

—¡Cállate! —vociferó Sylasa—. ¡Han dejado de golpear la puerta!

Cornell parpadeó y se preguntó qué diablos sucedía. Allí estaba Barandas con un guantelete rarísimo, con una loca risita tonta. A su lado se hallaba Ylvain acababa de sacarse de la espalda un paquete envuelto en cuero y comenzaba a desenvolverlo a toda prisa. Un poco más lejos, casetas de exhibición hechas trizas y objetos tirados en absoluto desorden. Vio una puerta, y allí estaban Sylasa y una mujer que no conocía, ambas armadas y con la vista fija en esa puerta, que estaba trabada con una vitrina.

¡No nos apresuremos! Sí que conocía a la mujer. ¿No era esa erudita avispada que había conocido ayer en la academia?

A propósito, ¿no se estaba muriendo mientras iba camino al depósito?

Se oyó un silbido y un ruido fuerte detrás de la puerta.

---

—¡Cúbranse! —exclamó Sylasa, y se arrojó al piso—.

Instintivamente, todos siguieron la indicación. Justo a tiempo.

Una llamarada brillante atravesó la puerta y la vitrina, surcó la habitación como un rayo y dejó una mancha negra en el otro extremo. De lo que había sido la entrada se desprendían cenizas y una nube de humo, para después verse atravesada por una figura oscura.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Leur C'traeh, con su tembleque en las orejas—. No me digan que no es una reunión encantadora. ¿Prefieren permanecer en el piso o morir de pie? —en ese momento, justo detrás de él había otro guardia con un bastón de dragón cuyas fauces destellaban furibundas, y que estaba a punto de seguir al duende cuando C'traeh rápidamente levantó la mano—. ¡No dispaes! ¡A ver si le das al tesoro!

Cornell fue el primero en incorporarse.

—¡C'traeh! —gritó, recordando todo el dolor que el duende le había infligido con sus condenadas agujas envenenadas—.

—¡Ah, te has recuperado! —exclamó sonriente el duende—. ¡Estaba seguro de que habías muerto! Con todo lo... —dijo, e interrumpió sus palabras al notar que Barandas tenía colocado el guantelete, para después levantar una ceja—. Oh, al fin y al cabo creo que tenía razón. Retrocedan, por favor, queridos amigos —dijo, dirigiéndose al corredor donde esperaban otros guardias, de los cuales ninguno había seguido al duende, ni se habría atrevido a desobedecerle; acto seguido, C'traeh negó con la cabeza y desenvainó una espada de madera encantada—. Bueno, mi querido Nych, ¿quieres escoger un arma de la colección?

En ese instante Sylasa dio un salto, lista para utilizar su lanza, mas Cornell le gritó:

—¡No! ¡Es mío!

Ella lo miró enojada, y, por algún motivo, aceptó lo dicho y retrocedió. Aurylen se alejó sigilosamente de la escena y se acercó a donde estaba Ylvain, que seguía ocupado con el paquete. Una madera encendida le había dado a la sacerdotisa en la espalda, lo que le provocó una quemadura.

—Gracias —dijo C'traeh—. Un encuentro de campeones, algo tan... caballeresco. Una de esas ideas fascinantes que los humanos han inventado. En lo personal, creo que a mi pueblo le haría bien aprender de ti sobre el particular, ¿tú no, Nych?

El cayaboreano gruñó:

—Igualmente, no me importa. Y me llamo Cornell. Cornell de Cayaboré.

—¿Sí? Ello lo hace aún más interesante. Me había creído tu cuento del bárbaro. —dijo, e hizo una gran reverencia—. Eres un hombre impresionante, estimado Cornell. Será un gran honor superarte. Ahora bien, ¿tomas un arma, por favor?

Cornell recorrió con la vista los objetos esparcidos por la habitación; eran demasiados. A la mayoría de ellos no los identificaría aun si tuviera meses de tiempo para estudiarlos. ¿Cuáles serían armas, armas que le fueran útiles?

Con una sonrisa forzada, Sylasa se agachó y recogió un acero que arrojó a Cornell.

—Toma esto, *Cornell de Cayaboré*. Y espero que el cayaboreano me guste tanto como el bárbaro.

Él sonrió de inmediato al tiempo que atrapaba la espada en el aire. Era una imitación de espada, igual a la que estaba acostumbrado, mas esta estaba mejor forjada; el peso le iba perfecto, como el que correspondía a todo acero. Le calzaba bien la empuñadura, barra semicircular enjorada que le protegía los dedos. Y parecía que hubieran hecho el acero justo para él.

—¿Comenzamos? —preguntó Cornell al duende—.

C'traeh asintió cordial.

—Por supuesto.

Ambos hombres se acercaron hasta quedar a un metro y medio de distancia. C'traeh empuñaba la espada con comodidad; se notaba a las claras que le era conocida. Y Cornell ya conocía la madera encantada, por lo que no la subestimaba. Era tan filosa que cortaba el acero. Estaba sin armadura, aunque tenía que confiar en su propia espada si quería evitar las estocadas... y, de pronto, se percató de lo poco que serviría, a menos que la hubieran hechizado para hacerla más resistente.

Formaron un círculo mirándose de cerca para ver quién hacía el primer movimiento. Cornell sabía que tenía que ser veloz, y esquivar al duende todo lo posible. “*¡No te arriesgues con la espada!*” La combinación de velocidad y destreza era la única estrategia que le quedaba.

Acto seguido, comenzaron a lidiar. De repente, C'traeh se lanzó hacia delante y blandió su espada con una curva cerrada; Cornell se agachó y respondió con su acero el ataque furibundo de C'traeh. El duende giró y volvió a su posición primitiva, mas Cornell no había terminado: desde abajo saltó hacia adelante, y la emprendió con todo contra C'traeh.

Chocaron con tal fuerza que perdieron el equilibrio y fueron a parar en un cajón. Ambos rodaron al mismo tiempo hacia el costado, dieron sendas estocadas que colisionaron justo en medio de ellos.

El acero de Cornell no se quebró.

En ese instante, se le escapó un grito de alegría, y, de inmediato, se recuperó para atacar de nuevo al duende, que apenas blandió la espada en un movimiento defensivo muy pobre. Los aceros volvieron a chocar, mas Cornell tajeó al duende en el brazo con la punta de la espada.

—Muy bien —comentó C'traeh, para después intentar una estocada hacia adelante—.

Cornell retrocedió de un salto y bajó la espada para conjurar el ataque. Esta vez fue muy lento, y la madera encantada le rasguñó el vientre.

—¡Mátalo! —gritó Barandas—.

Cornell estaba tan concentrado que no alcanzó a comprenderlo del todo.

Convirtió su conato de defensa en una estocada, que se vio bloqueada por el duende, que contraatacó para verse a su vez conjurado por el cayaboreano. Rápidamente comenzó a desarrollarse una danza mortal de briosos bailarines de acero, que chocaban metálicos todo el tiempo y que, cada tanto, bebían la sangre del oponente.

Ninguno dominaba al otro, hecho respecto del que poco a poco el duende fue cayendo en la cuenta. Su aire de superioridad se iba desmoronando, y en su lugar apareció un deseo obstinado de destruir al contrincante.

Y ello, pensó Cornell, sería su perdición.

---

Los movimientos del duende se hicieron más apresurados y menos elegantes; pasó más al ataque en vez de dejar que Cornell se agotara. Después de unos instantes, era Cornell quien obstruía la mayoría de las estocadas. Alguna que otra vez amagaba con atacar, amagues que al final deglutía con fruición C'traeh con toda sus fuerzas.

Al principio, Cornell no aprovechó los espacios momentáneos. En honor a la verdad, no estaba seguro de si no se trataba de una treta del duende. Mas al aumentar la velocidad de C'traeh tuvo la certeza de que no era así.

Blandió la espada abiertamente hacia adelante. C'traeh levantó la suya para contrarrestar el ataque, dando él mismo un giro, para verse sorprendido cuando Cornell le estampó la bota en el pecho y lo tiró hacia atrás. El duende tambaleó y, automáticamente, dio una estocada hacia donde estaba el cayaboreano, quien se agachó para esquivarla, y arremetió con su acero contra la carne del duende. Sangre azulada comenzó a manar de la herida infligida, y, de los labios de C'traeh, salió un quejido balbuceante impregnado de líquido al bajar la vista y contemplar la espada con una extraña tranquilidad:

—Ah, esto es... la muerte —susurró—. Siempre me había preguntado qué se sentiría. Espero... volver... a... verte.

C'traeh escupió sangre. La hoja de madera encantada se le cayó de las manos, y pronto la siguió en su camino al suelo.

—No cuentes con ello, azulado —murmuró Cornell—. Por ahora no tengo pensado morirme. De nuevo.

Súbitamente, Sylasa apareció a su lado y lo tomó de los hombros.

—Los guardias que están afuera tienen otros planes para ti. ¡Por aquí! —dijo, y lo tiró hacia atrás—.

Se volvió y de repente se dio cuenta que Sylasa y él eran los únicos de la partida que seguían en el cuarto. En el rincón donde habían estado Barandas e Ylvain se hallaba un espejo que resplandecía tenuemente, y cuyos bordes despedían chispas color verde que bañaban toda la superficie.

Los guardias de Tangrain ya caían en la cuenta de que el duende había perdido el combate y comenzaron a bramar. El primero en entrar recibió un lanzazo de Sylasa en la cabeza y lo dejó inconsciente.

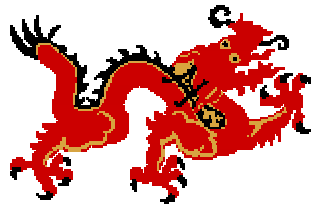
—¡Corre! —le ordenó, y volvió a empujarlo—.

Como no era de los que discutían las órdenes inteligentes, Cornell corrió hacia el espejo. Para sus adentros se decía que resultaba absurdo pensar que esto una salida. ¿No sería peor saltar al espejo y apenas romperlo? Los guardias pronto le quitarían el miedo al ridículo.

Se arrojó hacia el espejo.

Se vio envuelto en la luz verde del marco; acto seguido, sintió un tirón hacia adelante, y sin rasguño, apareció tendido por completo en un piso de una increíble extensión. Y en ese momento...

---



—Agradeced al Gran Señor del Conocimiento que la Academia cuente también con una impresionante colección de utensilios mágicos —dijo Ylvain con una sonrisa burlona al tiempo que ayudaba a Cornell a incorporarse—.

Detrás, Sylasa caía rodando en el piso de un pequeño laboratorio. No bien ingresó por completo a la habitación, Aurylen pronunció una orden y la luz verde dejó de parpadear en el espejo que era una copia idéntica del de la mansión de Tangrain.

—Si bien —prosiguió Ylvain con el ceño fruncido— supongo que ahora Ceravin también tiene parte de éste. Y creo que se daría cuenta de que yo también estuve allí si le llegara a solicitar que me devuelva el espejo.

Todos estaban aquí, notó Cornell al mirar en derredor. Barandas se hallaba de pie a unos metros, al lado de uno de varios estantes que, de punta a punta, estaban llenos de copas, frascos y tarros de vidrio. Sonreía el hechicero mientras con cuidado y suavidad acariciaba el guantelete plateado que tenía puesto.

Y *aquí* parecía ser un sitio seguro, bien lejos de la mansión y los furiosos guardias de Tangrain. Lo que le dejaba a Cornell un solo interrogante, si bien bastante importante:

—¿Alguien sería tan amable de *decirme* que sucedió?

—¡Oh, claro que sí! —dijo Barandas sonriendo con maldad y ganándose miradas de reproche por su apresuramiento, cuya desaprobación aumentó cuando procedió a relatarle todo lo ocurrido tras la pelea en el corredor, regodeándose sobre todo en el momento de la muerte de Cornell—.

La mirada del cayaboreano era para ponerla en un cuadro: pasó de la incredulidad a una repentina consternación al percatarse de que el hechicero hablaba en serio.

Poco tiempo le dio Barandas para reflexionar sobre el hecho de que había estado muerto, mas se apresuró a contarle sobre la bola de fuego, su primera bola de fuego; cómo se le había ocurrido obtener el guantelete, cómo él solo llevó a Cornell a la sala de los tesoros para después resucitarlo. Ah, sí, claro, los otros ayudaron un poco. Un poco nomás.

Sylasa lo miró de mala manera.

—No juegues con tu suerte, hechicero.

—Barandas el Magnífico no necesita... —respondió, para después detenerse ante el enojo de la ibrolleniana—. Está bien, ayudaron mucho. Pero igual fui yo quien te hizo volver, Cornell; estás en deuda conmigo —dijo sonriente—. Y en serio.

El cayaboreano sentía que la mente le daba vueltas. Necesitaba sentarse. Ahí nomás había una mesa, de la que justo a tiempo Aurylen sacó unos objetos.

—Creo —dijo con parsimonia— que estoy en deuda con todos ustedes.

—Pamplinas —le respondió risueño Ylvain mientras se pellizcaba la barba—. En lo que a mí respecta, valió la pena embaucar a Tangrain. El querido Ceravin venía zafando bastante últimamente.

Circunspecta y de pie a su lado, Aurylen asentía en silencio. (La circunspección, reflexionó Cornell, no le quedaba bien ni un ápice a la sacerdotisa, por lo que sospechó que no era más que una pose.)

Así, quedaba una persona más en el laboratorio. Cornell sintió que le brotaba sangre del rostro al girar hacia la ibrolleniana.

—Sylasa, eh... lamento haber tenido que mentirte. No podría haber usado mi verdadero nombre en lo de Tangrain, y tenía que seguir actuando, así que... —en ese momento se le quebró la voz, para después levantarse de la mesa e ir hacia la mujer—. Lo lamento —dijo, y arrodillado y mirándola a la cara, dueña de una increíble hermosura, le imploró—: Perdóname.

—¿Crees que es así de sencillo, Cornell de Cayaboré?

Su voz tenía la frialdad de siempre, cual hielo que chirría contra el acero y que lo carcome; sin embargo, había algo que lo hizo sonreír.

—Sí, por supuesto.

Ella asintió lentamente.

—Sí, es probable que lo creas.

Poco a poco, los labios de la mujer fuéronse arqueando hasta dejar asomar una sonrisa.

Antes de que pudiera aparecer por completo, Ylvain tosió amablemente.

—Ahora *yo* lamento interrumpir, pero me temo que no hemos terminado para nada. Tangrain es vengativo. Ya debe haber enviado a sus hombros a buscarte por la ciudad, y hay cantidad de informantes bien pagos. —informó, y se encogió de hombros—. Supongo que podrías quedarte unas semanas en la Academia, mas dudo que te interese. Cornell, ¿acaso no *tiene* que regresar a tu hogar?

La premura de las palabras del erudito impactaron al cayaboreano. Miró a Ylvain, después de nuevo a Sylasa, y notó que ella todavía portaba el bastón del dragón.

—Tiene razón, ilustre sabio —dijo con una sonrisa ahogada, para levantarse cual resorte y tomar el bastón—. Me lo das, mi..., eh, Sylasa?

La mujer negó con la cabeza.

—Se rompió. ¿De qué te serviría?

—En mi tierra hay amigos que igualmente pueden aprender de él. ¿Quizá —preguntó deslizando la mano del bastón hacia el hombro de ella— quieras acompañarme?

De los ojos de la mujer salieron chispas al sentir que la tocaba.

—Quizá —dijo sacándose de encima la mano de él— necesites aprender algo más sobre la paciencia. Te vendría bien —aconsejó Sylasa dando un paso al costado, sacándose el bastón para dárselo a Cornell—. Nos volveremos a ver, Cornell de Cayaboré. Te doy mi palabra; hasta entonces... Voy a seguirte de cerca.

---

Su mirada permaneció ígnea un momento, para derramar su fuego a los labios que por fin se iluminaron con una sonrisa de oreja a oreja. Sin decir palabra, giró sobre sus talones y abandonó el salón.

El silencio siguió su salida. Cornell se calzó el bastón en el brazo, recogió su espada y se volvió hacia Ylvain.

—Gracias, ilustre sabio. Por todo.

Ylvain lo saludó con la cabeza.

—Eres bienvenido, joven. Pero lamento darte esto de sopetón —dijo estirándose hacia la mesa para recoger un papel—. Ayer llegó esta magiesquela. Alguien pagó una fortuna para enviar este mensaje a más de cien templos de Darawk ubicados a lo largo y lo ancho del continente, con la esperanza de que te llegara.

—¿Para mí? —inquirió Cornell frunciendo el entrecejo—.

No podía ser un mensaje de sus superiores. Ante todo, sabían dónde estaba; por otra parte, jamás lo habrían enviado. No en una misión. Tomó el papel con curiosidad y lo miró. Apenas había unas pocas palabras. Es obvio, reflexionó. Al enviar magiesquelas había que pagar por palabra y por cada estación receptora. Al fin de cuentas, el remitente prefirió llegar a todos los templos posibles.

El mensaje decía lo siguiente:

*A Cornell de Cayaboré,*

*Nos vemos en el oasis Siddig, al sur del Desierto Elfadil. Urgente.*

*Gabe de ryelneyd*

—Urgente —balbuceó Cornell y leyó el mensaje una vez más a fin de hallar algún indicio de por qué Gabe, el amigo que le había enseñado sobre la tribu ryelneyd, le había escrito; mas, en tan escueto mensaje habría sido difícil ocultar algo—. Bueno —dijo negando con la cabeza—, eso quiere decir que viajaré por el Elfadil. Barandas, ¿vienes?

—¿Quién, yo? —inquirió el hechicero poniéndose verde—. ¿Voy a atravesar el desierto? ¿Con mi frágil constitución? ¡Hombre, los dragones del desierto me devorarían en un par de minutos! No, voy a aceptar el ofrecimiento para quedarme aquí un tiempito que me hizo el bueno del sabio. ¿Si no es molestia, ilustre sabio? —preguntó Barandas inclinándose con modestia—.

Ylvain se encogió de hombros.

—En absoluto, joven. Puedes seguir en la habitación en la que has vivido hasta ahora. A propósito, podrías devolver el ídolo alreu.

—Espléndido —contestó risueño Barandas, que hizo caso omiso al último comentario y, en cambio, le hizo una reverencia aún mayor a Aurylen—. ¿Y a usted, reverenda sacerdotisa? ¿Le importa si me quedo?

Al otro lado de la mesa Aurylen levantó una ceja; al parecer, no se la veía impresionada ante la conducta del hechicero. Negó con la cabeza, se despidió de Ylvain y Cornell inclinándola y también se fue. Todavía vestía la túnica negra que le acentuaba la figura; de inmediato, el cayaboreano se dio cuenta de que el desierto no había sido el motivo del rechazo de Barandas hacia su oferta.

—No cambias más, mal nacido —murmuró—.

Barandas se encogió de hombros y sonrió.

—¡Te conviene medir tus palabras! Recuerda que estás en deuda conmigo —dijo, y lo despidió con la mano—. Sigue adelante, haz tu viaje por el desierto, y que te diviertas al sol.

—Así será —asintió Cornell, que negó de nuevo con la cabeza, para después solicitarle a Ylvain que lo acompañara hasta la salida—.

Ambos se fueron. Uno, feliz de haber tenido una noche plagada de éxitos y aventuras; el otro, ya a la espera de lo que le depararía el desierto.

Detrás de ellos, Barandas se acercó lentamente a la puerta y la cerró.

—El aguafiestas del honrado cayaboreano —dijo sonriendo—. Seguro que me harías entregar todo esto a Ylvain, ¿eh? —y, con su sonrisa, se quitó el guantelete y lo colocó respetuoso en la mesa para después hurgar en los bolsillos de su toga y sacar uno a uno cinco objetos de los tamaños y, ciertamente, las formas más variadas—. Tendrá que perdonarme, estimada sacerdotisa —susurró contemplando el botín del que se había hecho en lo de Tangrain, justo antes de lanzarse por la puerta espejo—. No tendré tanto tiempo para usted como el que hubiera querido. Primero tendré que averiguar para qué sirven estas cositas...

FIN

---